

ROBERTO MERINO

En busca
del loro atrofiado

COLECCIÓN VIDAS AJENAS

Merino, Roberto / En busca del loro atrofiado

Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales,
2018, 1ª edición, 300 p., 13 x 20 cm.

Dewey: Ch868

Cutter: M561

Colección: Vidas Ajenas

Materias: Escritores chilenos

Merino, Roberto (1961)

Prosa chilena

Crónicas chilenas

Braithwaite, Andrés (ed.)

EN BUSCA DEL LORO ATROFIADO

ROBERTO MERINO

© Roberto Merino, 2018

© Ediciones Universidad Diego Portales, 2018

Primera edición: enero de 2018

Inscripción n° 144.884 en el Registro de Propiedad Intelectual

ISBN 978-956-314-408-6

Universidad Diego Portales

Dirección de Publicaciones

Av. Manuel Rodríguez Sur 415

Teléfono: (56) 226 762 136

Santiago – Chile

www.ediciones.udp.cl

Selección y edición de Andrés Braithwaite

Diseño: Mg Estudio

Fotografía de portada: © Carlos Bogni

Impreso en Chile por Salesianos Impresores S. A.

ROBERTO MERINO

En busca del loro atrofiado

Selección y edición de Andrés Braithwaite



EDICIONES
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

AVISO

La primera edición de este libro fue publicada en 2005 por J. C. Sáez Editor, y estaba conformada por noventa crónicas seleccionadas de un conjunto cercano a las ciento treinta que Roberto Merino escribió en *Las Últimas Noticias* entre 2001 y 2003. A esta nueva edición se le han añadido nueve de los textos entonces relegados –debido, básicamente, al límite de páginas impuesto por ese sello–, y, a modo de coda o algo por el estilo, una columna que el autor publicó, en el mismo diario, con motivo de la aparición de la edición original. Las crónicas han sido dispuestas aquí conforme a su orden cronológico y mantenidas inalteradas respecto a sus primeras versiones, salvo en las pocas ocasiones en que se ha estimado necesario hacer un ligero ajuste estilístico, efectuar alguna precisión o reparar un error de información.

ESCENAS CERRILES

Vivo en Santa Lucía, frente al cerro. Tener todo el tiempo ante los ojos un parque decimonónico es una especie de privilegio en una ciudad tan afecta a la cal ploma, al tierral, al pastelón cariado, al chongo arbóreo con vendas de plástico. El cerro pareciera vivir siempre, aun en las horas muertas y aun ahora que está sitiado por los hoyos de un estacionamiento subterráneo en construcción. Las máquinas trabajan todo el día, con movimientos de megaterios sin motricidad fina, con bramidos metálicos. Rompen el pavimento, trasladan escombros y ostentan una leyenda inventada por algún experto en imagen corporativa de empresa: «Ayudando a descontaminar».

Al otro lado de las barreras, entre los árboles, las parejas practican sus arrumacos y acercamientos, inmunes al estrépito. Da la impresión de que han debido hacerse insensibles para fabricarse algo de intimidad: oficinistas sin techo propio, secretarias que viven «con una tía», liceanas que quisieran arrancar de su casa para siempre.

A mí tampoco me importa el ruido. Por momentos incluso tengo la sensación de remontarlo mentalmente como un surfista pigmeo que se encumbrara sobre la

ola madre de un maremoto. Debe tratarse de un proceso de adaptación a medio camino entre Darwin y Jung, y en una de éstas la indefinible conciencia no es tan lejana de las alas de los queltehues o de los pólipos de las patas de las moscas.

Una tarde vi a un sujeto que fumaba solo en la falda del cerro, sentado al fondo, la espalda contra el muro de ladrillos. Volví a mirarlo un rato después, y seguía fumando. Dejé el libro que estaba leyendo y me dediqué a observarlo: con la colilla de un cigarro encendía el siguiente. Repitió esta operación unas siete u ocho veces, luego arrugó la cajetilla, la tiró con desprecio y se mandó a cambiar.

De noche, cuando se paran los trabajos, el silencio es total y se diría que hasta inquietante. Anoche mismo, muy tarde, mientras especulaba muy improductivamente en mi escritorio, sentí un ajetreo de tacones proveniente del cerro: cuatro travestis corrían emitiendo sofocados gritos de angustia. Los perseguía un carabinero sin gorra que traía una cartera roja en la mano. Tres de los fugitivos lograron saltar una reja con puntas y se perdieron hacia una zona inaccesible por lo oscura. El cuarto falló en el salto y quedó a merced de su perseguidor, con un brazo sangrante. Al parecer, la cartera era suya. El carabinero extrajo de su interior los documentos y una botella de pisco que vació sobre el pasto. Luego le dijo al travesti que se fuera. Es decir, no pasó nada tan terrible, como la mayoría de las veces.